

es frecuentemente obstruido por islas flotantes, pueden ser considerados como hallándose en la época de transición. La cría del ganado, que padece en el mar ondulado de largas hierbas, es la única ocupación de aquellos negros, su único ideal; el animal compañero es para ellos, como para los Brahmanes hindus una especie de dios; no hay juramento más fuerte y más respetado que la palabra jurada por los antepasados de la vaca.

Para sí mismos los Denkas no tienen más que chozas o simples albergues, mas para las vacas enfermas construyen enfermerías admirablemente limpias sobre tierras siempre secas, que se elevan en islas en medio de la llanura; viven casi únicamente de la leche de sus animales, vacas y cabras, que se dejan ordeñar complacientemente, y no matan jamás animales sanos. Las vacas denkas, graciosos seres que parecen antílopes, son respetadas todo el tiempo que es posible; sus amos, muy sobrios, aunque muy fuertes, sólo comen una vez al día, al ponerse el sol, y se alimentan con la carne de los bóvidos enfermos o heridos; no obstante, sucede a veces, en tiempo de escasez, que sangran sus animales para beber su sangre, que mezclan con la crema. La comunidad de costumbres les ha hecho venerar las serpientes inofensivas que saben son muy golosas de la leche, y cada vivienda tiene varios de esos ofidios familiares a los que se conoce individualmente y se llama por su nombre<sup>1</sup>.

Del mismo modo, los civilizados del vecino Egipto domestican los cocodrilos. En la Antigüedad, las gentes de Denderah dicen que eran muy hábiles para encantar esos animales comunes en el Nilo en aquella época, y se servían de ellos como de monturas.

Antes que unos mal aconsejados europeos ejerciesen su destreza matando los saurios del lago de Pir Mangho, cerca de Karatchi (Kurachee), aquellos animales sagrados acudían fielmente al llamamiento de sus guardianes y se dejaban montar por pintores piadosos que adornaban sus hocicos con pinturas<sup>2</sup>. Los chiquillos de Palembang juegan también con los cocodrilos, que se hallaban bien alimentados por los restos de cocina que caen de las casas sobre pilotes edificadas en el río.

En muchas poblaciones, sobre todo en la América meridional,

<sup>1</sup> Georg Schweinfurth, *Im Herzen Afrikas*.

<sup>2</sup> Richard Burton, *Sind revisit d*; Hermann von Schlagintweit, *Reisen in Indien und H. chsien*.

los jóvenes, y más aún las mujeres, tienen un talento maravilloso para encantar los animales. Hay cabaña de indio rodeada de una colección de animales diversos, entre los cuales hay dantas, corzos, didelfos y hasta jaguares; vense allí monos que saltan por las ramas sobre la cabaña, pécaris hociendo por el suelo, tucanes, papagayos que posan aquí o allá. Las grandes aves agamis y los perros son los defensores de toda la gran familia, y un extranjero no logrará penetrar en la cabaña si no es introducido por los mismos huéspedes.

Con todos esos familiares, un europeo moderno proveería su cocina, pero el indio respeta la vida de los animales criados por él: pertenecen a la casa, y si prestan servicios domésticos para la guarda o para la vigilancia, la violencia no tuvo en ello participación: de la libre asociación nació la comunidad de vida.

Por lo demás, es cierto que, gracias a ese compañerismo, la evolución de los animales que se adhieren al hombre se hace mucho más rápida, del mismo modo que en la sociedad humana la inteligencia del alumno se desarrolla en proporción de las cualidades correspondientes de sus educadores.

Lo que es verdad para nuestra especie lo es también para las otras. Se comprende difícilmente que los mismos partidarios de la teoría de la evolución hayan podido pretender, después de haber visto a los animales domésticos asociados al hombre, que la progresión intelectual de los seres, desde el estado rudimentario de los microbios hasta el organismo complicado y a la astucia sutil del chacal y de la zorra, a la prudencia del elefante, esté marcada por una ley fatal de fijación.

Según esa hipótesis, el animal permanece encerrado en un círculo del que no puede salir. Los perros de caza y la pieza perseguida no pueden variar sus astucias, los insectos y los vertebrados industrioses no aprenderán jamás un nuevo procedimiento, y ningún pájaro cantor modificará sus acentos. Es posible que la evolución de la inteligencia animal se haya hecho con mayor lentitud que la del hombre, desde que éste se posesó de instrumentos, pero se continúa en todas las especies prósperas. Hay similitud de evolución entre el hombre y sus hermanos inferiores.

Donde quiera que se han constituido pequeñas sociedades, mundos en miniatura que tienen por sus intereses comunes una individualidad colectiva, esos grupos tienden a utilizar las condiciones exteriores del medio para crearse un grupo geográfico bien determinado: los hombres tratan de adaptarse a los rasgos de la Naturaleza ambiente de manera que forman un todo, tribu o nación, con su fisonomía particular.

Frecuentemente sus límites son muy claros y hasta han determinado o dictado la elección del lugar de residencia. Una isla, un islote o una península, un valle de montañas rodeado de altas rocas, una meseta circunscrita por precipicios, una llanura fecunda dominando estériles escarpas, los contornos lujuriantes de un manantial, son otros tantos cuerpos preexistentes de que se ha hecho el alma un grupo humano.

La sociabilidad natural del hombre fué el origen vital de todas esas células distintas. En todo tiempo, hasta en las épocas en que las tribus primitivas erraban en las selvas y en las llanuras, la sociedad naciente ensayaba la producción de esos grupos que más tarde habían de agrandarse hasta formar ciudades: las yemas destinadas a brotar en tan poderosos ramajes apuntaban ya en la superficie del tallo.

En pleno salvajismo, pues, han de estudiarse las fuerzas creadoras obrando para el nacimiento de las aglomeraciones humanas que habían de constituir un día ciudades, metrópolis, grandes repúblicas. En parte alguna encontramos poblaciones en las que el ideal sea el completo aislamiento, a menos que vivan en un terror constante del extranjero: su existencia se convierte en un lento suicidio.

La necesidad de soledad perfecta es una aberración que pueden permitirse, en un estado de cultura avanzado, unos desgraciados locos por el delirio religioso o destrozados por los delirios de la vida, como los Fakires y los Anacorétas, y todavía obran así porque a pesar de todo se sienten solidarios de la Naturaleza ambiente, que les trae cada día el pan necesario en cambio de rezos y bendiciones. Si el devoto estuviera enajenado en un éxtasis perfecto, exhalaría el alma en el lugar mismo de su postramiento, y el desesperado se dejaría morir



FALCONERO DE BEG D'ARRAT (TIBET)

Según fotografía de Sven-Heding

como el animal herido que se oculta en la sombra del bosque.

Pero el hombre sano de la sociedad salvaje, cazador, pescador o pastor, gusta de encontrarse con sus compañeros. El cuidado de su labor le obliga con frecuencia a acechar solitariamente la caza, a perseguir el pescado en un estrecho esquiife batido por las olas, a alejarse del albergue común para buscar mejores pastos; pero en cuanto los amigos pueden reunirse, provistos de víveres en abundancia, vuelven al campamento común, punto inicial de la ciudad.

Según las interesantes investigaciones de los etnólogos americanos, en las comarcas mejicanas del Norte se encuentran las poblaciones que mejor han logrado hasta nuestros días mantenerse apartadas de los otros hombres, a causa de la cintura de desiertos que las rodea del lado de la tierra, y del estrecho que limita la isla del Tiburón, la parte más importante de su dominio. Como viven fuera de los caminos de emigración de los pueblos, ignorados de los mercaderes, vigilando siempre para huir de todo ser viviente que no sea pieza de caza, los Seris han conservado también las condiciones primitivas de la humanidad, que hace poco no habían alcanzado aún el período eolítico: no sabían siquiera retocar una piedra rota, aunque se servían de un guijarro en bruto atado con una cuerda de bejucos o raíces.

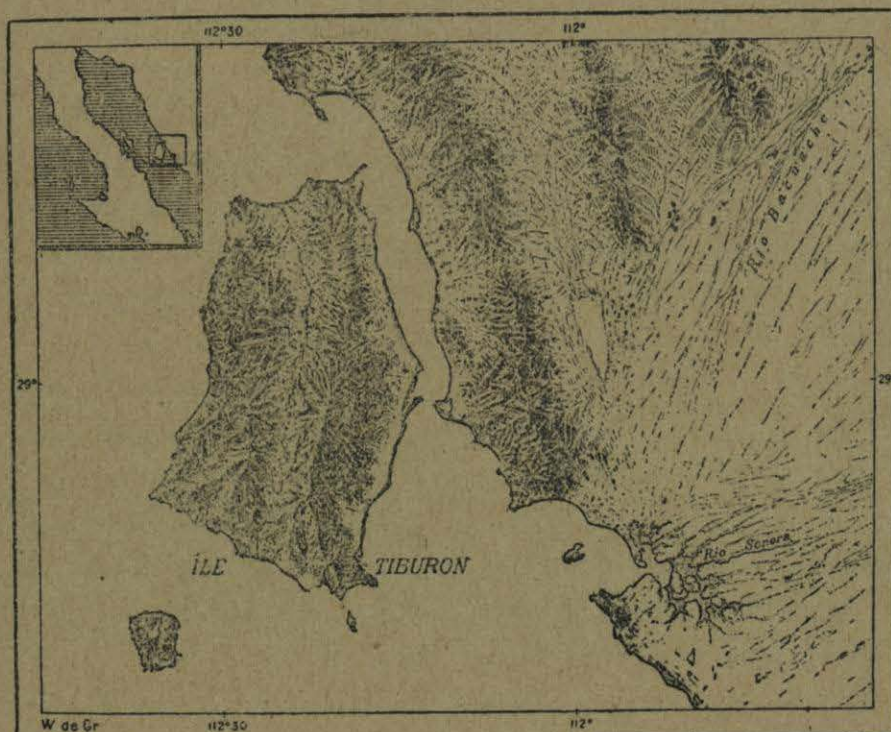
Estaban, pues, en un estado social anterior a las «edades de piedra», pero tenían sobre todos los demás hombres, y poseen todavía sobre sus contemporáneos, la ventaja de la velocidad, puesto que no hay animal al que no cansen a la carrera: gracias a esa rapidez de marcha han podido vivir a pesar de todo, escapando a las matanzas en masa que practicaron sucesivamente los españoles y luego los mejicanos «civilizados».

Los Seris, por horror a sus vecinos, se han hecho notorios por sus hábitos de escatofagia. Tienen por alimento principal durante una gran parte del año el higo chumbo o *tuna*, y como una parte de esos frutos, que comen en cantidades enormes, pasan a través del organismo sin haber sufrido modificación, el indio puede volver, durante la estación de la escasez, al lugar de la antigua abundancia, a recoger los restos de las comidas y molerlos para hacer de ellos un nuevo alimento. Se ensalza esta

harina como teniendo una virtud nutritiva muy adecuada, especialmente para los guerreros<sup>1</sup>.

Cada una de las pequeñas sociedades primitivas que encuentran en un círculo estrecho las condiciones materiales de su vida y de su evolución, tendería naturalmente a mantenerse en su forma primera si los mil contactos suaves o violentos de todos

N.º 20. Territorio de los indios Seris



esos diversos organismos políticos y sociales no cambiasen incesantemente el equilibrio, modificando la Naturaleza misma por continuas mezclas y fenómenos de penetración y de intususcepción. Así se han producido en la vida de la humanidad movimientos sucesivos de integración que han arrancado cada tribu, cada nación, después cada población continental del aislamiento de su existencia primitiva y han acabado por constituir el género humano en su integridad.

Pero durante la larga evolución, ¡qué confusión de acontecimientos diversos, qué caos aparente de fuerzas entrecruzadas añ-

<sup>1</sup> Mac Gee, XVII, *Report of the Bureau of Ethnology*, pág. 209.

diéndose las unas a las otras o neutralizándose mutuamente, qué acción confusa de causas simultáneas y múltiples que traen consigo innumerables efectos de complejidad admirable, mezclas pacíficas y luchas guerreras, asociación para la obra común y destrucción de trabajos que parecerían hechos para siempre, población de regiones desiertas y devastación de territorios fértiles, torbellino infinito donde los hombres y las cosas nacen y desaparecen como la polvareda que atraviesa un rayo de sol!

De ese conflicto incesante entre la vida y la muerte, tan pronto parece dominar la una como la otra, según el punto de vista en que uno se coloca; mas ¿la perpetua transformación del universo no lleva consigo la equivalencia de las dos fuerzas, su identidad perfecta, siendo toda vida un conjunto de vidas?

Pero limitándome a la sola perspectiva que presenta la evolución especial del hombre y de los animales que le rodean, es cierto que desde los orígenes conocidos hasta la época actual, nuestro mundo humano se ha desarrollado de manera que ha reunido sus grupos esparcidos en una sociedad general cada vez más coherente, y ha formado con la Tierra que le sostiene un todo cada vez más íntimo. Eso es lo que, en su concepción particular y subjetiva, llaman los hombres el «progreso».

